

## EL DISCURSO DEL 28 DE JULIO Y EL CAMBIO DE GABINETE MINISTERIAL

José Oscátegui

Profesor del Departamento de Economía PUCP

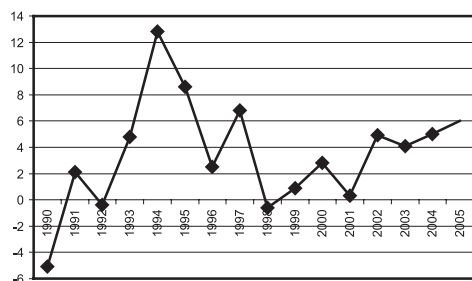
Aun cuando el discurso del 28 de julio y el cambio de gabinete no parecen estar relacionados pues ocurrieron en distintas fechas y estuvieron rodeados de contextos diferentes —al punto de que la salida de Carlos Ferrero tuvo la apariencia de un hecho inesperado—, una mirada retrospectiva puede darnos otra lectura.

El discurso fue un balance optimista que, en bastantes aspectos, acertó; en otros fue exagerado, y en otros más, inexacto. ¿Podría haber sido menos optimista? Creemos que no. Después de cuatro años de acoso político, el gobierno encontraba que no solo había sobrevivido, sino que, en términos de los resultados económicos —muy importantes para medir el desempeño de un presidente de la República—, podía mostrar cifras envidiables si se las compara con las de, posiblemente, cualquier otro gobierno peruano anterior.

Después del año 2001, la economía ha crecido a una tasa promedio cercana al 5% anual, y este desarrollo ha sido estable y sostenido. Cuán diferente del desempeño de la economía durante el período 1990-2000 y, más aún, en el período 1985-1990, en los cuales a los ascensos vertiginosos les sucedieron caídas abismales.

### Gráfico 1

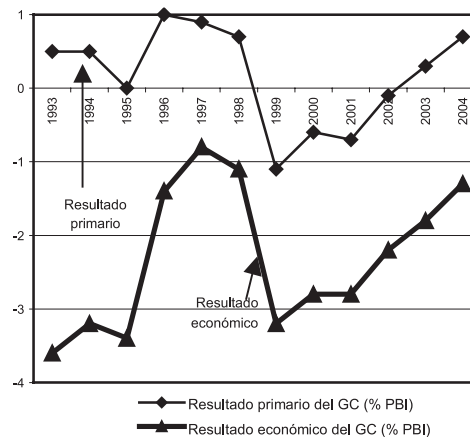
Crecimiento % del PBI (1990-2005)



Fuente:BCRP

Las afirmaciones del discurso presidencial relacionadas con el crecimiento, con la evolución de las exportaciones, con la inflación, con el nivel de las reservas internacionales, con la reducción y sostenibilidad del déficit fiscal —situación envidiable si la comparamos con la del fujimorato—, con la inversión en la minería y en el gas, en resumen, con la confianza de los inversionistas tal como esta se refleja en el nivel, históricamente bajo, del indicador riesgo país —casi sacralizado por muchos analistas—, son totalmente ciertas.

### Gráfico 2



Fuente: Banco Central de Reserva del Perú

También son verdaderos el impulso —aun con errores y deficiencias— al proceso de descentralización, el que se haya generado un ambiente propicio para que los partidos políticos se consoliden, así como el mantenimiento de condiciones normales para el desempeño de la actividad sindical y la manifestación de las protestas de la ciudadanía.

¿Sería normal, políticamente hablando, que un gobierno no se esfuerce por obtener réditos de esta situación? Creemos que no, así como tampoco lo sería que la oposición no se aboque a minimizar esos logros, destacar los errores y asegurar que, de concretarse su ascenso al poder, todo esto sería mejorado.

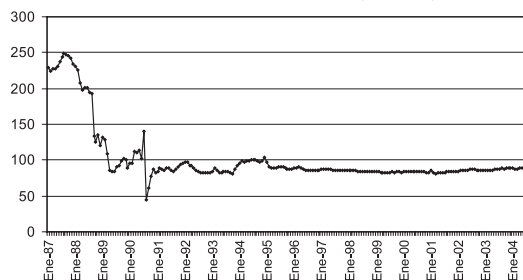
¿Cuáles fueron las inexactitudes del discurso presidencial? Sin afán de ser exhaustivos, la mayoría de ellas está relacionada con las afirmaciones sobre la reducción de la pobreza y el llamado «chorreo». No es cierto que «los pobres son los que más se están beneficiando con este crecimiento». <sup>1</sup> Esto no es difícil de comprobar pues, durante los últimos cuatro años, como lo afirmara el presidente, el PBI ha crecido en alrededor del 25%, es decir, en cerca de 15 mil millones de dólares, mientras que, en sus palabras, la pobreza extrema solo habría bajado de «24,1% a 19,2%». Si, como afirma el economista Javier Iguíñiz, <sup>2</sup> «se estima que la magnitud que debería llegar todos los años a los indigentes de 1994 para erradicar la extrema pobreza es de 732.553.353 millones de soles o 332.978.797 millones de dólares, lo que equivale a 0,7% del PIB», no es difícil colegir que los pobres no

son los que más se han beneficiado. Entonces, hay quienes han recibido cataratas mientras otros, posiblemente, obtuvieron gotas, y los pobres no estuvieron entre los primeros. El «gobierno de todas las sangres» no ha repartido equitativamente los resultados.

Los salarios, tal como se puede apreciar en el gráfico 3, tampoco se han recuperado de la tremenda caída que experimentaron desde 1988, y el período 2001-2004 no ha significado modificación alguna.

### Gráfico 3

Índice de Salario Real en Lima-Metrop(1994=100)



Fuente: INEI

A lo largo de la historia peruana, los pobres no han sido valiosos en términos políticos. Esta falta de importancia parece haberse profundizado en esta época de «globalización» y de flujo de capitales, pues se les da mayor peso a los inversionistas y a la creación de las condiciones más apetecibles para su posible llegada. Y, aun cuando no existen pruebas de ello, se afirma que el otorgarles mayores beneficios —vía disminución de los salarios— es la mejor forma de atraerlos, olvidando que los salarios peruanos son de los más bajos de América Latina y que las inversiones se dirigen, preferentemente, hacia los países que tienen buena infraestructura, fuerza de trabajo calificada, políticas macroeconómicas adecuadas y estabilidad jurídica. Es decir, hay factores más importantes que los bajos salarios.

Puede ser injusto pedir que, en cuatro años, un gobierno modifique sustancialmente la distribución del ingreso; sin embargo, sí se le puede exigir que dé, por lo menos, algunos pasos en esa dirección. La reforma del Estado —que ya no será hecha por este régimen y que todos parecen desear, aunque sus ideas acerca de esta difieren radicalmente— debería asegurar que las inequidades no se profundicen, pues la desigualdad social aguda no es un buen lubricante para los engranajes del mercado. Este régimen no ha avanzado en esta dirección y, más bien, todo indica que ante su mirada se ha incrementado la brecha de ingreso entre ricos y pobres.

Sin embargo, ¿podría algún analista esperar que un gobierno que, luego de superar un acoso político como el que acompañó a este y cuando ya se encuentra más allá de la posible

vacancia presidencial, sea capaz de mostrar los logros económicos mencionados no se sienta en un estado afirmativo y se perciba victorioso? No debería haber muchos analistas que estén en esa posición. Sin embargo, la mayoría de ellos, antes del 28 de julio, pedía que se cambie el gabinete y que el nuevo sea conformado por independientes. En ese sentido, la renuncia de Carlos Ferrero fue un hecho anticipado.

Un cambio de gabinete era necesario debido al desgaste acumulado por el anterior; pero la lógica del desarrollo de los acontecimientos, tal como nosotros la vemos, mostraba que el nuevo gabinete tenía que ser uno de afirmación del gobierno. Es decir, uno que cuantitativa y cualitativamente presentara un mayor peso de la alianza del gobierno —ajustado, por supuesto, a las condiciones políticas existentes—, para obtener los mayores réditos de la situación económica, sin alterar maliciosamente los resultados de las próximas elecciones.

Fernando Olivera es, en cierta forma, una encarnación de la alianza gobernante, y su regreso al gabinete había sido voceado con anterioridad. Las condiciones políticas —algunas generadas por él mismo— mostraban que ese regreso sólo podía concretarse con tranquilidad si es que no se producía una votación de confirmación en el Congreso, si su presencia era aceptada por el presidente del Consejo de Ministros, Carlos Ferrero. La renuncia de este último generó una pequeña crisis, que sólo el inexplicable ensañamiento de algunos sectores mediáticos pudo convertir, para el consumo doméstico, en una crisis de grandes proporciones.<sup>3</sup> Este es el aspecto inesperado de la renuncia de Ferrero.

En medio de esa «tormenta en un vaso de agua», el indicador de riesgo país volvió a caer, mostrando que, visto desde afuera, el temporal interno tenía una gravedad mucho menor.

El nuevo gabinete, presidido por Pedro Pablo Kuczynski, es un gabinete casi partidario y, por esto, representa la continuidad y es una consecuencia necesaria del contenido del discurso del 28. Sin embargo, percibimos indicios de una definición ideológica y política dentro del partido de gobierno. Tal vez la «noche de los cuchillos largos» esté cerca y quizá el partido de «todas las sangres» pierda algunas de ellas en el proceso.

La duración del gabinete dependerá de su capacidad para interpretar las movilizaciones sociales en curso así como de su voluntad para atender los reclamos, aunque la tentación de la «mano dura» ya se ha manifestado en las palabras del primer ministro. ■

<sup>1</sup> Mensaje a la nación del presidente Alejandro Toledo, 28 de julio de 2005.

<sup>2</sup> [www.jubilee2000uk.org/jubilee2000/espanol/informes/peru061100.html](http://www.jubilee2000uk.org/jubilee2000/espanol/informes/peru061100.html)

<sup>3</sup> La revista *The Economist* del 20 de agosto informó jocosamente de esta manera: «Si dispararse en el pie fuera un deporte olímpico, Alejandro Toledo ganaría la medalla de oro [...] pero esta vez el presidente puede recuperarse más rápidamente que de sus errores anteriores».